

Se compraron los vestidos y la corona de azahar, y los muebles de la joven pareja; se fijó la fecha del casamiento, se hicieron las primeras publicaciones, y una semana antes de la ceremonia, y el día mismo en que entraba en mi mayor edad, me escapé con Florestan.

Florestan y yo nos habíamos refugiado en Bruselas. Él estaba rico, había encontrado allí un amigo suyo llamado M. Gigant, que le prestó una suma bastante crecida. No he conocido, sino mas tarde y á mis espensas, la complicidad que les unía. Por el momento, M. Gigant, que trasformaba nuestra miseria en bienestar, me pareció el mejor de los hombres. Era ya de edad, pero verde todavía, alegre compañero, en fin, lo que en nuestro lenguaje se llama un buen muchacho, con los bolsillos llenos de oro, y el mas experto de todos en hacer saltar el corcho de una botella de champaña.

He dicho ya que por instinto era mala; no pensaba entonces un solo instante, durante estos primeros vértigos de loca independencia y de embriaguez desvergonzada, ni en mi padre, que mi fuga desesperaría, ni en mi pobre desposado, cuya vida destrozaba.

¡Ya me quedaba tiempo ciertamente! Todos mis sueños se encontraban mas que realizados: mis noches se pasaban en los valsos, mis días en una deliciosa ociosidad. Florestan no me rehusaba nada, y cuando mis caprichos llegaban á ser demasiado costosos, encontraba siempre la bolsa abierta de aquel excelente amigo, de aquel generoso M. Gigant. Cómo rompí yo con Florestan y quién le reemplazó, es lo que no tengo necesidad de decir. Nuestra relacion, fruto de su ociosidad y de mi deshonesto capricho, no podían, por ningun concepto, ser de las que duran. Cuando le dejé, no me hizo ninguna reconvenccion, y por mi parte, si me hubiera el primero abandonado, no hubiera tenido ninguna que hacerle.

Comencé entonces esa vida descuidada de pájaro sobre la rama, por la cual empezamos todas; vida de miserias horribles y de locas prodigalidades, en que se devoran por la noche trufas con champaña, cuando no se ha almorzado por la mañana; en que se arrastra en el polvo de la acera chales de tres mil francos para ocultar un vestido descosido ó unas botitas desvencijadas.

Durante una de estas alternativas de desnudez absoluta, M. Gigant vino aun en mi ayuda.

Nada mas desinteresado que el socorro que me ofreció. No reclamaba nada, sino un simple reconocimiento de la deuda que contraía con él. Me dirigió á Paris á un tapicero, á una mercadera de modas, á un joyero, que me pertrecharían convenientemente, y no dudaba que una vez puesta sobre cierto pié, con mi talento, mi perspicacia de lince y mi belleza, presto saldria boyante.

Siguieron una porcion de recomendaciones que me parecían entonces la sabiduría misma, y que no eran en realidad mas que verdadero catecismo del vicio, donde todos los casos estaban previstos, todos los peligros señalados, con los medios de eludirlos. En verdad no valemos, nosotras, gran cosa; pero todo el lodo de nuestras almas reunidas no po-

dria dar idea del abismo de fango que es la conciencia de este hombre.

Acepté sus ofertas y volví á Paris, donde comencé de nuevo con mas éxito la vida que habia llevado en Bruselas.

En aquella época tuvo lugar una escena que ha dejado y dejará en mi memoria una huella imborrable.

Una noche, ó mas bien una mañana, porque nuestra noche se habia prolongado hasta el amanecer, salíamos, tambaleándonos y despechugadas, de una de las grandes fondas de los bulevares, los barrenderos reían y nos insultaban; nosotras encontrábamos eso chusco y nos reíamos mas fuerte que ellos. Cuando de repente, al subir á un coche de alquiler que pasaba, oí detrás de mí pronunciar con tono imperioso este nombre que desde tan largo tiempo yo no llevaba: — ¡Celina!

Me volví como herida por un rayo, y me encontré cara á cara con Luis Jacquemin.

¡Cuánto habia cambiado, gran Dios! Habia crecido, estaba pálido, enflaquecido, un fuego sombrío ardía en el fondo de sus ojos; la barba negra, que habia dejado crecer con toda libertad, le hacia parecer aun mas pálido y flaco. El tono imperioso de su voz, su gesto lleno de autoridad me detuvieron. No pensaba un solo instante en huir. Por otra parte, aunque lo hubiese querido, no hubiera podido, porque sentía mis piernas doblegarse bajo el peso de mi cuerpo. Permanecí inmóvil y con la boca abierta, como en esas pesadillas en que, perseguidos por asesinos, se tienen los piés clavados en el suelo bajo el agobiamiento de una inmovilidad invencible.

Jacquemin habia hecho detener un coche, me cogió por el brazo y me obligó á tomar asiento en él. No intenté resistir. Montó á su vez y se sentó á mi lado: luego dió orden al cochero de dirigirse á la calle y número de la casa de mi padre.

Todo eso se habia hecho con tal rapidez, que mis acompañantes no se habian apercibido por de pronto. Cuando vieron que me arrebatában y que no hacia ninguna resistencia, me persiguieron con sus silbidos y con sus risotadas.

Ellos reían y yo, pálida como una muerta, y castañeteándome los dientes, temblaba.

Esperaba que Luis me dirigiese la palabra; pero permanecía mudo y grave; nada de cólera, ninguna reconvenccion, nada, eso me parecia terrible.

En fin, no pudiendo soportar mas largo tiempo, me decidí á hablar la primera.

— ¿Y mi padre? pregunté.

Jacquemin se despertó de su meditacion, me lanzó una larga mirada, como sorprendido de encontrarme allí á su lado, y no respondió mas que dos palabras:

— ¡Ha muerto!

Despues comenzó de nuevo el silencio, y yo no me atreví á romperlo.

Habíamos llegado á mi antigua morada. La tienda estaba todavía allí, abierta, pero mi padre no se hallaba ya detrás de la vidriera; un nombre desconocido le habia reemplazado

en la muestra. En lugar de los gruesos relojes de plata colgados detrás de los cristales, y de los relojes de pared de la tienda, habia juguetes de niños, utensilios de familia, toda clase de chucherías. Luis pagó al cochero, me hizo entrar en el corredor, y subimos la escalera hasta la puerta del cuarto que habia ocupado antes. Llamó, un roce de vestido se hizo oír en el interior, y madama Jacquemin vino á abrir.

Luis me empujó por detrás, obligándome á pasar mas adentro del umbral de la puerta, que no me atrevia á atravesar.

— ¡Aquí está! dijo á su madre.

— ¡Ah! ¡desgraciada! exclamó.

Entonces... entonces mi corazón se derritió, me dejé caer sobre una silla, me oculté la frente con las manos para ocultar el rubor y lloré, lloré como no he llorado ni lloraré nunca jamás.

Pero no eran lágrimas de remordimiento, no, eran lágrimas de vergüenza. Las primeras refrescan, estas me quemaban los párpados como gotas de plomo derretido. Si Satanás llora en su infierno, así es como debe llorar.

Madama Jacquemin se equivocó respecto de mi dolor; lo atribuyó al arrepentimiento, y la santa mujer se puso á consolarme con voz dulce.

Pero cuanto mas me consolaba, mas sentía yo agrandar mi desesperacion, y con gusto le hubiese gritado: Callad.

Ella lo conoció: la caridad verdaderamente sincera posee una especie de doble vista, una comprension universal y casi divina. Hizo un gesto, atrajo hácia mí á alguno que yo no habia apercibido al entrar en el cuarto, y sentí dos bracitos en derredor de mi cuello. Levanté la cabeza y vi á Ursula, á mi hermana, á mi hija, y el pequeño rincón que habia quedado puro en mi corazón palpitó. Estaba bonita como un ángel con su vestido de luto y con sus hermosos ojos negros; y tomándola sobre mis rodillas, cubrí de besos sus sonrosadas mejillas, y sus largos párpados transparentes, y su pequeña garganta, y sus pequeñas y blancas manos. La habria devorado á caricias.

La niña, asustada y trémula, me dejaba hacer, pero con mas asombro que placer.

— ¿No me reconoces, Ursula? pregunté.

Ella fijó en mí sus grandes ojos sorprendidos y no respondió.

— ¿Tú no reconoces á Celina? insistió madama Jacquemin.

La niña tuvo una pequeña sonrisa dudosa.

— Celina ha muerto, respondió, papá me lo ha dicho. Y ademas, Celina no era una gran señora.

Y con su dedo tendido designaba mi vestido de terciopelo, mis encajes y mis joyas.

Y yo, vuelta en mí de mi desesperacion, exclamé:

— Tiene razon, ¡Celina ha muerto!

## VIII

LUIS JACQUEMIN.

¡Celina ha muerto!

¡Ay de mí! sí, ¡Celina ha muerto! ¡no quedaba ya mas que Nini Moustache!

Me levanté con el objeto de abandonar para siempre aquella casa que no era ya la mia, pero madama Jacquemin me retuvo.

Me contó que mi padre me habia perdonado. — ¿Acaso un padre no perdona siempre? — Nos dejaba á Ursula y á mí una pequeña herencia: el fruto de sus laboriosas economías. No quise tocar á este dinero sagrado é hice donacion de mi parte á Ursula. Fué igualmente convenido que mi hermana quedaria bajo la guarda de madama Jacquemin, quien me prometia servirla de madre.

En fin me fué permitido marchar, pues mi alma no estaba ya hecha á esta atmósfera de virtud; me ahogaba en ella. Pero la prueba de este día apenas habia comenzado.

Luis me esperaba en la meseta de la escalera; me hizo seña para que le siguiera, y me llevó al pequeño cuarto que habitaba debajo del tejado.

Supe allí por primera vez cuánto era lo que me habia amado y qué abnegacion entusiasta habia sacrificado al capricho banal de Florestan. Luis me conjuró, suplicó, se irritó alternativamente, y me gritaba: ¡Partid, miserable, de esta casa que habeis deshonrado! luego me retenia, me tomaba las manos, las cubria de besos y de lágrimas, y me pedia perdon de su violencia.

¡Oh! ¡si hubiera podido volver á comenzar mi vida! creo que esta hora me hubiera hecho enteramente buena. Pero no, si hubiera consentido en el sacrificio que me queria hacer Luis, si hubiera aceptado el perdon, el olvido de lo pasado que me ofrecia, al cabo de un mes, de ocho dias tal vez, habria vuelto á caer de nuevo. Si resistí á sus suplicas, no fué de mi parte por el conocimiento de mi indignidad, fué pura cobardía, bajeza: lo que temia en el fondo del alma era el peso abrumador de los deberes que me serian impuestos de nuevo, las largas jornadas laboriosas, los vestidos de lanilla ó de indiana, la servilidad magnánima de la esposa y de la madre. Al augusto aposento conyugal que santifica la cuna de mimbre, preferia mi vergonzoso retrete, y las febriles noches de la orgia á las ternuras serenas del amor sincero: he nacido mala.

Desde el siguiente día, desde la noche de este día, volví á emprender mi modo de vivir habitual, con mas arrebatos aun, pues ahora necesitaba olvidar. Pero mi existencia tuvo desde entonces un lúgubre testigo que no me dejó jamás. Rica ó miserable, en la puerta de la fonda á la moda, ó de la cremería de las pobres jóvenes, en el baile, en el teatro,

por do quiera divisaba á Luis oculto en algun rincón oscuro y envolviéndome con sus miradas de llama. A cada nueva aparición, estaba mas flaco y pálido. Poco á poco sus vestidos se trasformaron en andrajos. Su pobreza honrosa y laboriosa se cambió en una miseria sórdida. Un día noté que estaba innoblemente ébrio. A medida que me degradaba, se degradaba él mismo, como si hubiese sido una imágen viva de mi propia conciencia.

Pasados algunos meses, recibí una carta de su madre que me explicaba esta horrible trasformacion. A poco despues de haberme vuelto á encontrar para perderme para siempre, Luis se habia hecho muy sombrío. Estaba disgustado del trabajo; su vida, en otro tiempo tan regular, se habia desordenado. Entraba tarde por la noche y muy á menudo borracho. Muy pronto, lo que antes habia sido un accidente se hizo una regla. Ya no iba al taller y no salía de la taberna. Las economías de madama Jacquemin se agotaban, y su trabajo no bastaba para costear los gastos de la casa y pagar al propio tiempo la vida licenciosa de su hijo. Le hizo algunas tímidas observaciones, á las cuales no respondió sino por la violencia. Le hacia falta dinero, siempre dinero; entonces la pobre mujer vaciaba sus bolsillos y no comía mas que pan seco. Un día llegó no obstante en que por mas vueltas que dió á sus bolsillos, nada salió de ellos... Entonces Luis se acordó del pequeño tesoro de Ursula. Pero por mas que amenazó, gritó y juró, madama Jacquemin, que se hubiera hecho sacar una pinta de sangre por satisfacer el menor capricho de su hijo, defendió como una leona el patrimonio de la huérfana.

Esto me escribía madama Jacquemin, y terminaba rogándome que pensara en el destino de Ursula, de la cual no podía ya ocuparse, decidida como estaba, tanto para huir los furores de su hijo, que de día en día eran mas peligrosos, como para hallarse en estado de ayudarle, á entrar á servir.

Es lo que hizo casi en seguida, y hoy está sirviendo como camarera bajo un nombre supuesto, temiendo ver, como lo ha visto varias veces, su hijo venir á despojarla. Bastante se despoja ella misma, ¡pobre mujer! y quizás al socorro periódico que ella le envía deba Luis no haberse hecho ladrón.

Segun el parecer de madama Jacquemin, volví á tomar á Ursula, pero no la conservé cerca de mí. Esta niña era la sola virtud que me quedaba, el solo de mi alrededor que yo no hubiese pervertido ó hecho miserable, queria conservarla pura y feliz. La coloqué como interna en un convento de provincia, donde me presenté con el nombre de madama Morel, y entregué á la superiora, á quien confesé mi situacion verdadera, algunos billetes de mil francos que constituían todo el haber de mi querida hermana Ursula, y tranquila y segura respecto de ella, me volví á lanzar con la cabeza baja en el vértigo fascinador de nuestra vida.

Nini Moustache cesó de hablar y permaneció durante algunos minutos sumergida en una profunda meditacion, y luego prosiguió con voz lenta y melancólica:

— ¡Es verdad, eso! diríase que hay una mala suerte sobre mí. No puedo tocar nada sin que no lo rompa ó lo

ensucie. Mi mala conducta ha muerto á mi padre, mi amor ha hecho de Luis Jacquemin, alma honrada y recta, un borracho, un mal hombre, casi un ladrón. En fin, mi hermana, mi querida Ursula...

Exhaló un largo suspiro.

— ¡Vamos! ¡ánimo!

Y continuó con la misma verbosidad endiablada que habia usado en la primera parte de su relacion:

— Tuve muchos altos y bajos, pero á todas las mujeres de nuestra clase les pasa eso. Pagaba el precio de mi falta, es justo, no me quejo.

En un baile público muy conocido, en el *Palacio de Flora*, volví á ver á mi mal genio bajo la forma de Florestan. Pero no era el mismo hombre. Los ocho años que habian trascurrido desde nuestra separacion habian sido bien aprovechados por este consumado cómico. Habia conquistado un puesto claro al sol de la fortuna. Me conoció en seguida, y poniendo imperiosamente su dedo en los labios, se inclinó sonriéndose hácia su compañero y le dijo algunas palabras al oído.

Hablaba de mí, pues el otro me miró y habló en el mismo tono al coronel.

— ¡El coronel Fritz! interrumpió vivamente Aurelia.

— Sí, respondió secamente Nini Moustache. M. de Puysaie, porque á él es á quien acompañaba el coronel Fritz ó Florestan, como tú quieras, se acercó á mi un instante despues. Me agradó mucho. Por lo demas, aunque no me hubiese agradao, hubiera pasado lo mismo. Luego el coronel se nos unió, y en el momento en que M. de Puysaie no podía oírnos, me dijo muy bajo estas palabras: Es menester que te ame.

A lo cual respondí, creyendo que fuera una chanza:

— No deseo otra cosa.

Y en efecto, por su desgracia, M. de Puysaie me amó.

Despues del alma condenada, el dueño.

El encuentro de Florestan precedió solo algunas semanas á la visita de M. Gigant. Este, al menos, tuvo el mérito de no aparentar hipocresía; me presentó claramente la cuestion:

A mí una fortuna asegurada, una parte casi leonina en los despojos, con la condicion de arruinar á M. de Puysaie. Consentido el trato, una proteccion oculta se extendería sobre mí. Rehusándolo me creaba inmediatamente enemigos encarnizados hasta la muerte.

— Habeis tenido, mi querida niña, la suerte de ser admirada por el conde, me felicitó por vos, prefiero que esta buena fortuna os toque á vos mas bien que á otra. Pero mirad bien, que si no obedecéis en todo, encontraremos el medio de reemplazaros por alguna otra mas dócil. El conde es débil, nosotros sabemos qué conducta se debe observar con él para asegurarle sólidamente. Estais lejos de ser una bobá, querida mía, pero os advierto que esta tarea sin nuestros consejos seria muy superior á vuestra astucia. Así pues, chiquita mía, buenas noches, reflexiona, yo volveré mañana á saber lo que prefieres: un palacio al fin de tus días, ó un cachemira de esparto, ó un cesto de trapero sobre la espalda.

La sangre fria con que se expresó en este sencillo discurso me aterró. La bestia feroz que dormitaba tras de la ingenuidad de M. Gigant me apareció de repente. Su mirada clara me atravesaba el pecho como una hoja de acero. Estaba segura que lo que me prometía y lo que me amenazaba, podia hacerlo y lo haria sin piedad como sin tacañería.

El partido que yo tomara no era dudoso; por otra parte yo no amaba todavía al conde, y ¿qué es una ruina mas ó menos en la vida de una mujer?

Hé aquí cómo yo entré en el intrincado laberinto donde dejo en este momento los últimos girones de mi conciencia.

Un día traté de sustraerme á la tiranía de M. Gigant.

El día en que lo ensayé, fué aquel en que se trató del casamiento de la señorita de Puysaie. Mi tirano frunció imperceptiblemente las cejas, y con esa misma mirada aguda y fria que os llega al alma:

— A propósito, madama Morel, dijo, ya sabeis que vuestra prima Ursula está en París; su educacion ha terminado hace largo tiempo, y vos habeis escrito á la superiora que os la envíe. ¡Oh! por lo demas, la paloma está en sitio seguro, obrera en casa de una de las primeras costureras de París, y ella marchará derecha, yo me hago garante de ello. Yo soy un tutor sólido, y el doncel que quisiera mirarla de muy cerca pasaria un mal cuarto de hora.

Y al verme M. Gigant aterrada por esta noticia inesperada:

— Escuchad pues. Es menester tomar precauciones, amiga mia, ¡las mujeres son tan caprichosas! de este modo puedo dormir sobre mis dos almohadas, estoy seguro de vos como de mí mismo. Quereis que Ursula permanezca honesta muchacha, ¡bueno! comprendo esa manía. Yo os he prometido ayuda y proteccion; esta proteccion y esta ayuda resaltaran naturalmente sobre vuestra hermana en tanto que ejecuteis nuestras convenciones. Sabeis que cumplo mis promesas, pero os prevengo que no quiero que se tropiece. He dicho.

Y estaba dicho en efecto. Mi esclavitud estaba consumada; desde este momento venia á ser el instrumento completo de M. Gigant. ¡Ay de mí! Mi hermana es quien soportará las consecuencias de mis rebeliones contra ese tremendo señor. Es menester que me someta á la infamia para conservar la inocencia de este solo rincón puro y generoso de mi alma.

Nini Moustache, despues de terminado su relato, se callaba, y quebrantada por el esfuerzo que acababa de hacer para recordar los dolorosos recuerdos del pasado, los temores punzantes del presente, permanecía inerte en el sillón donde se habia dejado caer.

De repente sintió dos labios cálidos rozar su frente, y una voz, un murmullo acariciar su oído.

— ¡Valor, hermana mia; cree, espera y te salvarás!

Se levantó vivamente para solicitar una explicacion, pero su mano no encontró sino el vacío. Corrió á la ventana y abrió la cortina con violencia. Aurelia no estaba ya allí. Solamente, llevando su mano á su megilla, Nini encontró en ella una huella húmeda y caliente, una gota de rocío, una lágrima...

El alba nacía pálida y trasparente. Aurelia atravesó rá-

pidamente la sala del festín, vacía entonces, y encontró su coche que la esperaba debajo del peristilo entoldado. Un cuarto de hora despues, se apeaba delante de su puerta, en la esquina de la calle de la Chaussée d'Antin y de la calle de Provence, y las pesadas hojas de la puerta volvieron á cerrarse apenas entró ella.

Pero si un curioso ó un celoso hubiera esperado solamente media hora debajo de sus ventanas, habria visto abrir la puerta estrecha de una escalera de servicio que daba á la calle de Provence, y salir por ella una mujer cubierta su cabeza con un capuchón y vestida como una señora de la clase media. Aunque su rostro conservara maravillosa frescura, esta mujer debia ser de cierta edad, segun los dos rizos que salían del capuchón á cada lado de su rostro. Sus cabellos eran de ese gris armonioso y pálido, casi tan elegante como el rubio ceniciento.

Dicha señora, bien arropada en su dullea, dió algunos pasos por la acera, y se detuvo, pareciendo esperar ó buscar á alguno. En efecto, casi en seguida un jóven, vestido de artesano, se destacó de la esquina oscura de una puerta. La mujer fué rápidamente hácia él, y sin explicacion ni de una ni de otra parte, tomó su brazo, y los dos se alejaron en direccion del bulevar.

Segun iban caminando, hablaban en voz baja, y el que hubiese escuchado su conversacion, habria oido repetir los nombres de algunos de los actores de este drama. El de M. de Puysaie, el de Cipriana, los de Nini Moustache y Jacquemin.

Era la mujer la que hablaba, pareciendo dar datos é instrucciones. El hombre escuchaba silenciosamente, y de tiempo en tiempo meneaba la cabeza, como para afirmar que habia comprendido ó que la cosa seria ejecutada.

Llegado á la altura del bulevar, la singular pareja giró á la izquierda en direccion á la Bastilla, y á la derecha en la de la calle Vivienne. Las tiendas estaban todavía cerradas, y las pocas gentes que salían de las fondas ó del baile, todas ellas regresaban á sus domicilios apresuradamente.

La señora susodicha se detuvo delante de una tienda sobre cuya enseña dorada se leía: *Madama Rozel, modas*. Introdujo en la cerradura de la puerta de la tienda una llave que tenia en la mano, pero no abrió en seguida, y continuó, durante algunos minutos, la conversacion comenzada.

— ¿De modo que es cosa convenida? dijo por fin.

— Sí, señora, respondió su acompañante, se sabrá quién y lo que es M. Gigant.

— Muy bien.

Sacó de debajo de la dullea una manecita redonda, torneada y blanca, que el obrero cogió en las suyas con respetuosa ternura.

— Buenas noches, José.

— Buenas noches, Elena.

Y la puerta de la tienda se cerró despues de haber entrado la madrugadora paseante.

Por lo que hace al obrero, emprendió su marcha con aire meditabundo. Iba lentamente, como sumergido en una meditacion profunda.



¿Todavía estás bebiendo, Jacquemin?

Las tiendas empezaban á abrirse, el ruido de la mañana comenzaba, la calle Montmartre, que era la que seguía el jóven, estaba llena de hortelanos, de mujeres del mercado, de carros de legumbres; pero, codeado, empujado, detenido á cada paso, el obrero parecía indiferente y extraño á todo lo que no era el motivo de su meditacion.

Llegado delante de una taberna que forma la esquina de los mercados, se detuvo y levantó la cabeza como sorprendido de haber hecho todo este trayecto sin haberse apercibido de ello. Un hombre estaba bebiendo delante del mostrador de estaño: un hombre desmirriado y flaco, viejo, y cuyos cabellos de color negro lustroso indicaban solos la juventud.

José fué derechamente á él.

—¿Todavía estás bebiendo, Jacquemin? Me habías prometido no obstante formalmente que no beberías mas.

—Es verdad, M. José, respondió el otro balbuceando, es que, mirad, es mas fuerte que yo, y ademas anoche encontré á la gorróna.

—¡Bueno, bueno! dijo José. Un hombre honrado no debe tener mas que una palabra. Vamos, deja tu vaso.

Jacquemin dirigió una larga mirada al espeso cristal medio lleno de aguardiente moreno, y cuya mezcla de pimienta apestaba, y derramó su contenido lentamente y como con gran pesar.

José le miraba sonriéndose.

—Eso me gusta, dijo. Ahora ven conmigo, te buscaba justamente. Tengo que pedirte un informe.

José y Jacquemin se alejaron hablando en direccion á la calle de Rambuteau.

—Hémos llegados aquí, dijo José enseñando la puerta de un pasadizo negro. Trata de inquirir donde se puede ver á ese que se llama M. Gigant; cuando tengas informes muy exactos, vendrás á comunicármelos. ¡Ah! y á propósito, ¿cómo estás con Clemente?

Jacquemin bajó la cabeza, ruborizado de confusion.

—El patron es severo, murmuró.

—Sí... sí... habrás tomado algun anticipo sobre tu paga, ó alguna joyecilla que habrás ido á empeñar.

Luis no respondió, pero su vergüenza demostraba que José no se engañaba.

—Vamos, anda á ver á Clemente de mi parte, continuó José, y confíesale tu falta. Es la única penitencia que te impongo. Ea, adios, muchacho.

—Adios, M. José.

—Y sobre todo, no olvides ir á casa de Clemente.

En este momento, una jóven y linda obrera, con su canastillo en el brazo, descendía apresuradamente la escalera de la casa.

—¡Dios mio! qué apresurada, señorita Ursula, le dijo José riendo.

—Sí, respondió Ursula; madama Rozel es muy buena, pero quiere que estemos puntuales á la hora. Dejadmé ir presto, M. José. Temo estar retrasada, y vuestra hermana me reñiría.

—¡Ah, bah! dijo José, ya sabría yo encontrar un medio de reteneros, si quisiera.

—¡Oh! os desafío á que lo hagais.

—No tendria mas que decir un nombre, que pronunciar una palabra: —¡Cipriana!

Y dejando á la jóven muy azorada en medio de la calle, José subió ágilmente las escaleras.

## IX

## HIJA Y PADRE.

(EL CUADERNO AZUL.)

Conozco ya ahora la desgracia que me amenaza; M. de la Cruz tenia razon, es la mayor que puede descargar un padre sobre su hija. Mi padre quiere obligarme á casarme con un hombre á quien no amo y á quien no podré amar nunca.

Esta mañana, en el momento en que acababa mi tocador, Florentino, el criado de mi padre, ha venido á suplicarme de su parte que pasase á su cuarto; yo le encontré en su gabinete de trabajo, con su bata, y compulsando una voluminosa correspondencia, que rechazó con la mano al verme entrar.

—¡Ah! ¿sois vos, querida Cipriana? os agradezco vuestra prontitud en venir; no os esperaba tan pronto.

—Mi principal deber, ¿no es satisfacer vuestros menores deseos lo mas prontamente posible?

—Sí, sí, ya lo sé, sois una buena hija, y por mi parte haré igualmente todos mis esfuerzos para convenceros que tenéis un buen padre. Pero por ahora no se trata mas que de devolveros vuestro almuerzo de la otra mañana.

Mi padre hacia todos los esfuerzos posibles para mostrarse alegre é indiferente como de ordinario; pero no podia llegar á ocultar del todo su inquietud; yo, por mi parte, adivinando que habia llegado la hora crítica, tenia pena en responderle.

Mi padre sintió el primero que era preciso romper este silencio embarazoso:

—¡Y bien, Cipriana! ¿qué decis de vuestro héroe?

Me miraba sonriéndose, me puse encendida como el fuego. ¡Qué locura! me imaginaba que leía mis pensamientos á través de mi frente y que era de M. de la Cruz del que queria hablar.

Logré sin embargo asegurar bastante mi voz para preguntar:

—¿Qué héroe, señor?

—¡Eh! ¡pardiez! exclamó, aquel por quien vos rompisteis tan valientemente una lanza; aquel que me ha valido de vuestra parte una reprimenda, el virtuoso, el filantrópico, el magnánimo baron Matifay.

Este nombre que tan poco esperaba me quitó un gran peso del pecho, y riendo yo misma de buena gana:

—¡A fé mia, señor, os confieso que yo no pienso absolutamente nada, pero si lo deseais, lo reflexionaré!

—Sí, lo deseo, respondió mi padre poniéndose muy serio de repente.

Luego, volviendo casi en seguida al tono jocoso que le es familiar:

—Vamos á ver si sois inteligente en hacer retratos: os fué presentado el otro dia en casa de la señora de Monte-Cristo. ¿Cómo le encontrásteis?

—Puesto que insistis, repliqué, os confesaré que no me place absolutamente nada. Es virtuoso, filantrópico y aun magnánimo, si vos quereis; pero me parece que tiene grande empeño y vanidad en ostentarlo. Todo en él parece decir á las gentes: Volved la vista hácia mi y vereis pasar á un baron virtuoso, filantrópico y magnánimo. Yo creo, querido papá, que seria fácil hacerle pasear en la calle con un pequeño mantó azul.

—Sí, dijo mi padre, que se desgañitaba de risa, y escribiría en su angusta toca: ¡Yo soy Guillot, el pastor de los hombres! — Qué cabezas tan originales tienen estas jovencitas. Hé aquí una niña que, la otra mañana, me hubiera pegado con gusto por haber yo hablado mal de su baron, y que hoy es la primera que se burla de él, so pretesto que es un poco viejo y medianamente buen mozo.

—Decid muy feo y muy viejo.

—¡Sea! pero muy rico: y eso es lo que quita las arrugas y los años de un hombre. La verdadera fuente de Juvencio es el *Pactolo*.

Yo no repliqué aunque lo deseaba, y volví á comenzar el silencio.

Mi padre fué quien lo rompió.

—Ahora, Cipriana, bastante hemos chancedo: hablemos seriamente.

Y como este exordio me hizo temblar:

—¡Oh! no tengais miedo. Este « hablemos seriamente »